

en inesperada apoteosis el esperado suplicio, respondiéronle que habian inutilizado centenares de electores republicanos para que no pudiese resultar un gobierno favorable al monje. Y con estas seguridades Alejandro VI envió dos delegados á fin de que ayudasen al proceso y asistiesen al suplicio.

El 19 de mayo de 1498 entraban solemnemente en Florencia el general de la órden de los dominicos, Joaquin Turriano, y el español obispo de Ilerda, Francisco Ramolino, como delegados del Papa, á fin de intervenir en el proceso y muerte de Jerónimo Savonarola. Jueces importantísimos, destinados á entender y á decidir en asunto tan grave, debian mostrar la imparcialidad, que para casos de este momento exigen las vulgares leyes de la humana prudencia. Pero, léjos de eso, demostraron con claridad que traian una órden impuesta por el Papa con imperio, y en la cual se les exigia que hiciesen morir á Savonarola, aunque Savonarola apareciese á sus ojos y á su conciencia, despues del proceso, un San Juan Bautista. Así, cuando el pueblo, arremolinado en su entrada triunfal, pedia con feroces instancias la muerte del fraile, Ramolino con pérfida sonrisa y untosa mirada, le decia: «Morirá.» Y al descender en el lugar sagrado, que le servia de posada, exclamó, frotándose las manos: «¡Qué buen fuego vamos á encender!» Un nuevo proceso se abrió, medio eclesiástico y medio laico, tan inicuo é informal como el primero, con audiencia de estos ministros de la Iglesia y representacion de los mas importantes tribunales florentinos. La brutal ferocidad, que reinaba entonces en la guerra entre los partidos, agotó en Savonarola cuantas crueldades puede excogitar la venganza. Torturáronle con todas las torturas posibles. Trémulo, moribundo, con sus huesos medio rotos, con sus carnes heridas y quemadas, con sus nervios descompuestos, errantes los ojos que le salian de las órbitas, gafas las manos, truncados los piés y los brazos, la llama de la vida y el resplandor de la conciencia se apagaban sobre su destrozado organismo. Preguntáronle primero por el proyecto de concilio, como si su convocatoria no constase entre los deberes del Papa y los cánones de la Iglesia; y respondió que de nadie habia tomado consejo ni recibido inspiracion para medida tan saludable al Catolicismo. Preguntáronle en seguida sobre injuria vulgar, que corria, achacándole el haber sonsacado á sus inferiores los secretos de la confesion en ellos depositados; y dijo que ni él mandara jamás tal cosa, ni de

mandarla alguna vez, lo hubieran sus hermanos obedecido. Llegados al punto de las profecías, Savonarola, conociendo cómo le podia faltar el valor para el sufrimiento, dijo que, si las otras torturas, cuyo horror vencía y domaba sus fuerzas, le obligaron á renegar de ellas, ahora decia con incontrastable entereza que todas, todas dimanaban de una directa revelacion del cielo. A estas palabras, las iras crecieron, los tormentos redoblaron, la crueldad llegó hasta cerca de la muerte; pero el monje, si dijo palabras contradictorias, si afirmó cuanto otras veces negara, si convino con sus jueces, resultan tales incoherencias en sus palabras y tantas falsificaciones en su proceso que debe todo ello atribuirse á un verdadero delirio producido por la fuerza del dolor y por la barbarie del procedimiento. El 22 de mayo fué condenado á muerte Savonarola y condenados con él sus dos discípulos Fray Domenico y Fray Silvestre; aunque ninguna de las acusaciones contra ellos dirigida fuera fundada ni pudiese condenarlos ninguna de las leyes ni divinas ni humanas.

Savonarola en su prision, cuando se veia libre de sus verdugos, entregábase á sus meditaciones, y en sus meditaciones solia encontrar algun consuelo. Si la barbarie de su tiempo y la crueldad de sus jueces le dejaba espacio y le permitia recado de escribir, trazaba meditaciones, como las sublimes inspiradas en el «Miserere» y en el salmo «In te, Domine, speravi.» Tambien trazó algunos consejos, dirigidos á enseñar y facilitar la vida cristiana. La noche del 23 de mayo, en que se dictó su sentencia, estaba de rodillas en su prision, cuando fueron á comunicársela. Comprendiendo ya cuánto le tenia preparado la suerte, no se distrajo un punto de sus meditaciones, y puesto en Dios el pensamiento, esperó, para despues de ejecutada la sentencia y venida la muerte, la comunicacion estrecha entre Dios y su alma. Apenas acababan de notificarle el terrible auto, cuando apareció uno de esos hermanos de las cofradías piadosas, que ayudan á los reos de muerte en las horas preparatorias de su último trance. Llamábase Nicolini el cofrade; y ofrecia sus servicios para todo cuanto pudiese interesar al reo en aquellos supremos minutos. Savonarola pidió ver á sus dos compañeros de infortunio; y en efecto los vió. La sala del gran consejo, débilmente iluminada, parecia como un colossal túmulo; á un lado brillaban siniestramente, reflejando la pálida luz de las lámparas, las armaduras de los guardias; á otro lado temblaban las negras

sombras de los cofrades de la muerte, envueltos en sus negros capuchones que les daban apariencias de seres sobrenaturales venidos de los panteones y de los sepulcros; y en medio, los tres frailes, separados por tantas calumnias como les habian dicho á los unos de los otros en las alevnes mentiras del proceso y reunidos sobre el ara del sacrificio para gustar á un mismo tiempo de la muerte. Era de ver aquel hombre sublime y sereno á pesar de sus dolores, reverberando en sus ojos la trasparente claridad de su alma; embargado solo por el pensamiento de que el trance último correspondiese á su sublimidad y á la confianza que debian tener en Dios; requiriendo á Domenico, cuyo valor conocia de antiguo, á que no mostrase impaciencia ni jactancia en el suplicio, y á Silvestre, cuya pusilanimidad le revelaran los últimos sucesos, á que mostrase la entereza propia de su religion y de su nombre. Y dicho y hecho esto, ya solamente le quedó una cosa que hacer, prepararse á la muerte.

Al volver, entrada ya la noche, sentóse en el duro suelo, apoyó la cabeza en las rodillas del cofrade, y se quedó dormido, soñando en su letargo con cosas tan extrañas que le hacian reir á carcajadas y pronunciar palabras incoherentes. Despues de este sueño, sentido con toda su alma y tomado á victoria de la carne sobre la conciencia, apretó efusivamente las manos de su compañero de encierro y le anunció con anuncio cierto la terrible suerte que antes de treinta años correria aquella República, bastante ciega para no ver en tan grande crimen el propio suicidio. Seguidamente pronunció sobre una hostia las palabras de la consagracion; y despues de proclamar los dogmas fundamentales del Cristianismo y de pedir excusa á todos por los errores que hubiera podido pensar y perdon á todos por los pecados que hubiera podido cometer, comulgó santamente, dió la comunión á sus dos compañeros, y bajó al patíbulo que se alzaba á la puerta misma del palacio, en la plaza histórica de la Señoría de Florencia.

Admirable decoracion la que forma el austero palacio viejo con sus moles de granito rematadas por aquella barbacana que parece una diadema y por aquella torrecilla que parece una joya; frente á frente de la Logia ideada por el gran Orcaña en cuyos arcos se reunen los arreboles del gótico espirante con las alboradas del Renacimiento vencedor; decoracion, decia, mas propia de otros espectáculos que de este triste y aterrador, ofreciéndonos á la puerta

del palacio un tablado con todos los aparejos de tribunal donde se veia al obispo de Vasona; junto á este tablado otro en que se veian los legados apostólicos; junto á este tablado otro en que se veian los jueces laicos; desde la conclusion de los tablados hasta el comienzo de la logia el cadalso en alto; á la extremidad del cadalso el palo teniendo otro atravesado en forma de cruz y de donde pendian tres argollas con tres cuerdas rematadas por nudos corredizos, tristes líneas señalando los límites decisivos del tiempo y la eternidad; á los piés del cadalso, como si no fuera bastante la horca para producir la muerte, montones de materias inflamables encargadas de consumir los cadáveres á fin de que no quedaran de ellos ni siquiera los restos; formando un cordon en torno de la apercebida hoguera los soldados de la Señoría, y entre los soldados de la Señoría y sus lanzas, á donde quiera que la vista se dirigiese, innumerable muchedumbre ondulante, inquieta, agitada, y sin embargo silenciosa, compuesta de partidos que no hubieran podido verse sin reñir en cualquiera otra ocasion y que, en aquella solemne, daban treguas á sus odios para unirse á contemplar hasta dónde llega en las incidencias de la política la desgracia de los vencidos y la crueldad de los vencedores; que para mayor infamia de su nombre y mayor pábulo á su venganza soltaron á los reos de las anteriores discordias civiles á fin de que circunvalasen el patíbulo é infiriesen á los mártires toda suerte de injurias, perturbando con sus blasfemias y dicharachos la trágica tristeza de aquella hora y la solemne majestad de la muerte.

Cuando parecia que no les quedaba ninguna afrenta por apurar, presentóse un dominico á quitarles el hábito de la orden. Savonarola, que lo confundiera con su propio cuerpo y que lo tomara por carne de su carne y piel de su piel, despojóse de tan querido sayal que habia vendado las heridas de su corazon como del último lazo que lo ataba al mundo y como de la última sombra de su antigua vida. Despojados del hábito, despojáronles despues de su dignidad moral, es decir, los degradaron. El obispo estaba de tal suerte perturbado que, al coger á Savonarola por el brazo, y decirle las palabras de la degradacion, las trabucó completamente. Despojados ya de sus vestiduras, destituidos de sus órdenes, cubiertos solo con sus camisas de lana, lleváronles como á Cristo de Anás á Caifás y de Caifás á Pilatos, ante los emisarios del

Papa que les leyeron la sentencia con terrible crueldad y les dieron la absolucion con pérfida ironía. De este tribunal llev ronlos al tribunal laico, el cual les notificó que debian ser primero ahorcados y quemados luego. Mas tanta fué la impaciencia de aquellos sayones que coincidieron casi los dos géneros de suplicio y los dos géneros de muerte. Dirigi ronse los tres igualmente serenos   su postrero fin. Savonarola, sobre todo, habia tomado el imperio sobre sí mismo que da al artista la presencia del público; y superando y venciendo las fuerzas de su dolor y de sus heridas, irradiaba verdadera alegría, pues brillaba como el sol poniente con su mas esplendoroso brillo. Desce ido del sayal por sus compañeros, degradado de su dignidad por el general de su órden, condenado por la Iglesia   quien habia querido salvar, ofendido y calumniado por aquella República que fundara con su palabra y con su ejemplo, muda la lengua que encendiera el amor   Dios en los corazones, atadas las manos que tantas veces se abrieran para derramar sobre la tierra la bendicion de los cielos, vi se todavía en su paso de los tribunales al patíbulo, injuriado con dicharachos crueles por aquella soez muchedumbre,   la cual solo opuso como Cristo en la cruz el desden de su ironía y el escudo de su caridad y de su misericordia. Como quisiera consolarle un s r compasivo contest le: «Dios solamente puede consolar en estos trances   los mortales.» Como un sacerdote le preguntara de qué manera soportaba su martirio, dijo esta consoladora palabra: « Sufri  tanto el Señor por nosotros!» Silvestre y Domenico murieron antes que Savonarola, recitando el uno en voz baja el Te-Deum como un vencedor, y poniendo el otro su alma en manos de Dios. Ya estaban los dos compañeros muertos, cuando el monje subia las gradas de la escalera que llevaban   la transfiguracion, y apareció solo en los bordes del patíbulo, entre el primer destello de las llamas, como sublime y único protagonista de aquella gran tragedia. La parte moral se habia sobrepuesto de tal suerte en él   la parte física, que el cadalso se convirtió como en la nube que debia llevarlo   la ascension hácia la inmortalidad. Mas al verle el pueblo aparecer, dirigirse al verdugo, arrimarse al palo, recoger en su cuello la soga homicida, lanzó un rumor misterioso como los rumores del océano; y tal rumor, llegado de la baja tierra al cielo del martirio, debió recordarle cómo le habia mirado y le habia oido en su púlpito aquel